

CAPÍTULO I

EN MEMORIA DE DON CARLOS BALMORI

ERA el 27 de noviembre de 1931, ¡treinta y seis años hace!, cuando en la colina del Panteón de Dolores, que a lo largo de más de un siglo ha sido la cámara de los muertos y del ululante lloro de la Muerte y en donde, en retorcidas nubes sube al cielo, de tiempo en tiempo, el humo de los hornos crematorios, cuando la madre tierra mexicana recibía a las cuatro y media de la tarde los despojos mortales de la señorita Concepción Jurado, y, con ellos, a su duende siamés don Carlos Balmori, multimillonario apócrifo, repartidor de ilusiones y riquezas ficticias. Lo escrito al respecto es insuficiente para informar a la posteridad sobre la vida del magnífico señor; fotografías y relaciones traspusieron la frontera norte, y muchas de estas aparecieron traducidas al inglés en *The Every Week Magazine*, en *Time*, *Life* y otros periódicos y revistas. El «apoderado» de Don Carlos, Eduardo Delhumeau, escribió *Don Carlos Balmori, su extraordinaria Vida y Hazañas*. Carlos Noriega Hope, Rafael Heliodoro Valle, Manuel Múzquiz Blanco, José Pérez Moreno, Manuel Horta, Miguel Gil, el doctor Federico Villaseñor, el licenciado José Muñoz Cota, y otros escritores, glosaron, desde 1931, hazañas del gran caballero millonario. Sin embargo, hace falta ordenar por su tiempo los acontecimientos durante la edad de oro del «Mareo», entre el 23 de junio de 1926 y 27 de noviembre de 1931,

cuando la varonil figura de «Don Carlos Balmori» brilló en la Ciudad de México, cincelando la época de maravillosa bohemia, conocida como la era de las «Balmoreadas», que imprimió en el público y en quienes la vimos huella de arte magnífico. Conchita Jurado, dueña de talento maligno y sin par en el análisis del espíritu humano, hizo florecer las más radiosas e ilusorias ambiciones, a través del talonario de cheques de oro y plata de «Balmori».

Hace tres siglos, la figura de la Monja Alférez actuó en la paz virreinal de la Nueva España, encarnada por doña Catalina de Eranso, único antecedente fragmentario de «Balmori». Vino del Perú disfrazada de Oficial Realista; puso en jaque a la ciudad de México; cautivó doncellas, burló conventos, abatió enemigos, negoció en arriería y consumó aventuras con el más enérgico temperamento masculino. Conchita Jurado encarnó personajes como el indio, la india, la francesa, el «pelado», la borracha; pero su mayor éxito fue la formidable caracterización del caballero español «Don Carlos Balmori», cuyos talonarios de cheques bancarios lo hicieron famoso como el hombre más pródigo del mundo. Llenó insondables alforjas con pesos, dólares, libras esterlinas, duros españoles, francos, marcos alemanes y con cuanta moneda circulaba por el orbe, dominando las voluntades más resistentes al cohecho; en su genial transfiguración inventó el más raro y eficaz laboratorio de sicología experimental que durante cinco años y tres meses fundió ambiciones, pasiones, deseos, satisfacciones, odios, virtudes, amores, lealtades, traiciones, orgullos, humildades, venganzas, errores, valentías, ingratitudes y todo cuanto hombre y mujeres volcaron en el crisol de las «balmoreadas», en el que amalgamó con implacable valor civil y audacia el pensamiento y el sentimiento de la humanidad, caída en sus abismos y calcinada por el fuego exterminador del oro, que de haber vivido en tiempos mitológicos, Conchita habría llenado de oro y diamantes el insaciable tonel de las Danaides. Un traje negro «ala

de mosca» en minúsculo cuerpecito de ancianita, sombrero de peluche, botines negros de suela «volada», polainas en un tiempo blancas, abrigo pardo, guantes de cabritilla, voluminoso brillante de vidrio en la corbata, gruesos anteojos, bigote recortado entrecano, pegado con goma, y un vozarrón «ceceante» de español de casta, bastaron a la pequeña figura de Conchita, delicada y senil, para producir en sus víctimas, con la mayor y fría crueldad, horribles choques nerviosos que superan a toda realidad antes conocida, y requieren lacerante y decidida crudeza para describirlos. Sin preparación literaria psicológica, a los 36 años de la muerte de Conchita, surge el historiador de «Balmori» de entre aquellos que sentimos el impacto del gran Cohechador de Almas. Le acompañó durante 5 años y 3 meses, dirigió las complicadas escenas y ligó a los «conductores de iniciados» con el poderoso caballero provocador de «terremotos espirituales». Así es como su secretario y médico de cabecera hace estos apuntes sobre la vida del gran hombre, espigando en recuerdos propios. Por tanto, si sucumbimos ante la dádiva encarnada en el talonario de oro de cheques de Balmori; si perdimos novia, esposa, hijas o amante, arrebatados por el riquísimo e invulnerable Don Juan; si vendimos nuestras ideas al materialista millonario; si ofendimos a nuestra Patria, ante el jactancioso «gachupín», pedimos humana explicación, perdón y resignación por ambiciones y desatinos exteriorizados, reavivando la fe en nosotros mismos por el mérito de alguno que otro acierto, que de todo habrá en esta historia en homenaje a la más humilde y genial humanista, Conchita Jurado, por las lecciones de moral que nos dio, disfrazada de don Carlos Balmori.